

Llegaron de detrás del dagame, proyectados de pronto contra la copa del árbol, extenuados, con el sol del mediodía encarnizado sobre sus cabezas pajizas y el polvo también pajizo ascendiendo desde la loma hasta diluirse en el aire, más allá de ellos. Eran dos. Uno de ellos, el más bajo, sostenía sobre el hombro al otro hombre, mientras su brazo se perdía tras las espaldas del más alto y reaparecía en una mano bajo la axila: era una mano larga y flaca, a la que los dedos descarnados hacían parecer más larga, una mano que se agarraba al ancho pecho del hombre alto para sostenerlo. Finalmente, descendieron la pequeña loma y llegaron.

—Llegamos —dijo el hombrecito, con una voz demasiado bronca para los huesos de su cara. Ayudó al otro hombre a sentarse en la tierra y se paró a su lado, mirando atentamente la pierna del hombrón que emergía ensangrentada y rota por entre los flecos de la pierna del pantalón—. Llegamos, Cheo —repitió, sacudiéndole por el hombro.

—Sí—dijo el otro.

—Descansa un poco y podremos alcanzar el río —dijo y se pasó la manga de la camisa por la frente, secándose el sudor. En la piel tostada por el sol le quedó una estría de tierra blanca. Era un hombre esmirriado, de mejillas chupadas y pómulos salientes, y al fondo de la cara unos ojos negros y apagados, como dos carbones muertos; su boca era una línea bajo la nariz casi aguileña y sobre la mancha de la barba crecida.

—García, sigue tú y déjame aquí —dijo Cheo, reuniendo todo su ánimo para hablar, y habló con la voz profunda y dulce de la gente de la Sierra Maestra, cantando un poco por encima del dolor.

—No. Yo sigo contigo.

—Di que yo sigo contigo. A rastras.

—Ya estamos cerca del río.

—Vete. No tardarán.

—Estamos cerca del río. Lo peor pasó ya.

El hombrecito se sentó junto a la pierna del hombrón. Por entre los jirones de la tela salía el hueso grande y blanco, astillado arriba entre una pulpa de sangre y carne. La pierna, curiosamente, no se había hinchado de la herida hacia abajo, sino hacia el muslo; pero hasta los bordes del zapato de baqueta toda la piel tenía un color verde violáceo y la carne parecía hecha como del barro oscuro que se usa en los tejares. La pierna se ennegrecía más desde esta mañana.

—Parece que va mejor —dijo García, mirando la costra fangosa que rodeaba la suela de sus alpargatas.

—Tú sabes que no. García. Yo no veo la noche.

—No digas eso, Cheo. Tú aguantarás hasta el pueblo.

—No, no podré. No podré llegar ni al río.

—Tienes que llegar. No me puedes dejar aquí solo. Llegarás aunque...

—No, no podré. Ni aunque fue...

—... tenga que llevarte cargado.

—...ra en máquina llegaba al pueblo.

—Yo no me puedo quedar aquí solo, contigo muerto. Tú tienes que llegar —dijo el hombrecito, poniéndose en pie, casi frenético.

—Yo no llego ni a la noche. García —dijo, despacio, mientras se iba hacia atrás su corpachón.

El hombrecito se acercó al hombrón caído de espaldas sobre la tierra y le miró ansioso la cara y notó sus ojos abiertos.

—No te asustes. Todavía veo el cielo y siento la tierra en mis espaldas.

El hombre llamado García se separó de su amigo y caminó hasta la loma y miró atentamente la llanura, sus manos haciendo de pantalla para proteger la vista del sol, que resplandecía en la sabana y en toda la planicie sobre el horizonte. El cielo y el suelo dolían en los ojos, despejados, sin una nube o un árbol donde descansar. Sólo en el llano, aquí y allá, un solitario algarrobo o las escasas y peladas palmas canas hacían una leve sombra en la plancha brillante de la tierra sembrada de espartillo. No se veía nadie.

—No hay nadie —dijo García al regresar.

—No tardarán mucho.

—No se ve a nadie ni señales de que vengan. Te dije que los dejamos atrás.

—A ellos no hay quien los deje atrás. Cuando lleguemos al pueblo estarán en la entrada, en el cuartel, esperándonos.

—Pero serán otros.

—Todos son iguales.

—A esos no les paga el Central.

—Les pagará otro Central, no te ocupes.

García iba a decir: «Entonces lo que tú quieres es que nos coma el león», pero vio el temblor en las rodillas de aquel hombre grande, indestructible y a la vez indefenso contra la destrucción, tumbado de espaldas, hablando por encima del dolor y se calló.

—García, ven acá —llamó el hombre llamado Cheo—. No, ahí no. Siéntate aquí a mi lado. Así. Cuéntame del Paraíso inalcanzable.

—Alcanzable.

—Está bien, cuéntame.

—Cuando llegue la Revolución, tú y yo...

—Tú solo.

(«Yo solo», pensó el hombrecito. «Si acaso») —...seremos los que gobiernen. Tú y yo, y Yeyo y Sánchez y Braulio Pérez y todos los obreros del central, los de Sao, los de toda Cuba: todos los obreros del mundo cogeremos el poder y gobernaremos y haremos leyes justas y habrá trabajo para todos, y dinero. Iremos a los mejores hospitales... Allí te arreglarán bien la pierna y ni se te notará. Viviremos en casas buenas, limpias, lindas casitas con luz y radio y todo.

—Hasta refrigerador.

—Hasta refrigerador. Y televisión también. Los niños irán al colegio y ninguno los mirará por arriba del hombro. Ni a nosotros tampoco nos mirará nadie por arriba del hombro. Todos seremos iguales. Los haitianos serán igual que los dueños. Y nosotros

igual que los chinos. No habrá falta de trabajo, ni tiempo muerto...

—Ni desalojos. Recuerda que al viejo...

—...no, ni desalojos tampoco. Ni injusticias. Habrá justicia para todos. Justicia social. Sí, será un Paraíso, un verdadero Paraíso —y el hombrecito suspiró, recogió las rodillas arriba, enlazó sus manos alrededor de ellas y se quedó mirando al cielo y a las nubes que habían aparecido, con ojos de fiebre. Los carbones no estaban apagados.

—Un paraíso imposible de alcanzar.

—Al contrario, muy posible.

—No para mí. Yo no lo veré.

—Tú lo verás. Ya verás, si Dios quiere...

—Dios está demasiado ocupado vigilando sus pecados.

—Ya verás cómo te pones bien y lo ves. Todos lo veremos.

—Si no llega antes que se vaya el sol, creo que me lo pierdo.

El hombrecito que el hombrón llamaba García miraba las nubes gordas y blancas que flotaban en la tarde, suavizada ya porque el sol comenzaba a caer. Un aire rumoroso sacudía las ramas del dagame y hacía sonar las pencas de una palma cercana. A lo lejos un sinsonte cantó claramente.

—Sabes una cosa. García. Tengo ganas de fumar. Daría mi brazo por un cigarro.

García se pasó el dorso de una mano por la barba crecida, y dijo:

—Yo lo que tengo ganas es de tumbarme esta barba. Cuando llegue al pueblo, me afeito. Tiene por lo menos tres días.

Hacía dos que huían. Dos días completos y un atardecer, una tarde en que el rojo de la puesta de sol se unió al rojo que subía desde las llamas de las cañas al quemarse. Hacía dos días y un atardecer que huían, perseguidos por incendiarios.

—Daría todo lo que tengo por un cigarro. Uno solamente que viniera así, a la mano. Fósforos hay —y se palpó el bolsillo de la sucia camisa, llena de polvo y sangre, todavía con trazas de cenizas.

—Eso es lo que sobra.

Porque de La Habana había venido una orden terminante: Hay que quemar la caña. Así. Sólo esas cinco palabras. Era estúpido, pero era una orden. Vino en secreto, pero igual hubiera sido que la enviaran por radio o que antes la enseñasen a los amos del ingenio o presentado al cuartel de la rural, porque el Secretario General, allá en La Habana, lo gritó a todo lo que daba su voz de mitin, como para que fuese oído en el último central de la República, y se encargó de que todos los medios de difusión lo regasen de punta a cabo de la Isla. Hasta en el Palacio Presidencial, rodeado de periodistas, a sólo una pared del Presidente, lo gritó: «Si no hay aumento, voy a quemar la caña. ¡Convertiré a Cuba en una antorcha!»

Por supuesto que él no hizo nada. Con la boca se podía quemar toda la Isla desde la capital. Ni sentiría el calor en su Cadillac con aire acondicionado. Del auto refrigerado al cuarto refrigerado, cómodamente tumbado en la cama con una botella del mejor coñac empezada, a un lado y una mujer sin comenzar, al otro; con el pequeño y costoso radio a media voz, esperando las noticias, mientras una negra de voz pastosa cantaba unos boleros dulces y pegajosos que daban ganas de llorar.

En el ingenio era otra cosa, cuando llegó la orden ellos ni preguntaron por qué; sólo pidieron la fecha. «El 3», les dijeron. Ese día la pequeña isla de caña que era el central dentro de la gran isla de caña que era toda la isla ardió de punta a cabo. A quienes tocó en suerte prender el fuego, eran dos hombres que trabajaban en el ingenio; se llamaban Severino García y José Gover. Pero todo el mundo los conocía por García y Cheo, simplemente. Y todo el mundo del central conocía que ellos eran quienes renían que hacer la candela. Incluso la rural. Ellos y los dueños, antes que nadie. Pero los dejaron jugar su juego de candelitas como deja el gato jugar al ratón su juego del ratón y el gato. Lo único que falló en este ajedrez de los soldados por peones y la caña como reina fue la serenidad de un guardia, que empezó antes de tiempo y por su cuenta. La mirilla oscilaba sobre el cañón y la bala fue a pegar casi dos metros más abajo, en la larga pierna del que llamaban Cheo.

—Sabes una cosa. García. Que ya no me duele. Mira ver.

El hombrecito miró por encima de sus pequeñas rodillas y aun por encima de las enormes rodillas del hombrón. Abajo, la pierna estaba negra del balazo hacia el pie y de ahí hasta la rótula, se veía ya la mancha violácea que antes cubría sólo el tobillo, extendiéndose como la sombra de una nube sobre la tierra soleada.

—Parece que va mejor.

Así, siempre con estas palabras en la boca. García había cargado con Cheo durante dos días y pico. Hoy hacía tres días del día tres.

—¿Cuántos?

—Casi tres días, Cheo.

Por las tierras desoladas y cubiertas de un polvo suelto que se levantaba como humo al caminar, por la soleada sabana, sin un árbol a la vista, excepto las flechudas palmas canas y la innumerable, incesante marea del espartillo, moviéndose con el aire, cambianre bajo el sol, pajiza sobre la tierra pajiza, dando tumbos el hombre pequeño con el hombre grande auestas, su cuerpo inerte pesando en su lívida espalda, en busca del dagame desde donde se puede ver el arroyo, tratando de llegar hasta allí para que la vista del agua les diese fuerzas para llegar hasta allá; allá es donde quiera, un lugar seguro, el inútil escape.

—Sabes una cosa. García. Tengo sed.

—Yo también.

—Ve al río y traime.

—Vamos los dos.

—No, no, ve tú, que yo no puedo.

—Haz un esfuerzo. Yo te ayudo a llegar —el hombrecito se levantó, para inclinarse de nuevo, esta vez hacia el hombre alto, agazapado sobre su cuerpo y el dolor que ya no sentía.

—No, no. García, no puedo moverme. Ve tú.

—Un último esfuerzo. Cheo, por Dios.

—Yo ya me quedo aquí. García. Ve y traime. Ve y vuelve antes que llegue ella —dijo ella sin apenas darle importancia a la palabra, porque hacía rato que se había acostumbrado a la idea de morir como al dolor o al sol que ahora no sentía.

«¿En qué?», iba García a preguntar. Pero pensó que para qué le iba a torrurar con la idea de que vendría sin el agua. Quizá allí encontraría una lata vieja o un coco vacío, o cuando regresara ya él... «No, eso no...».

—¿No qué cosa?

—Nada, nada... Que ellos no van a venir mientras... Pérate.

García gateó casi la loma, hasta el dagame, y observó atentamente la sabana. Como la otra vez. Sólo la llanura, desierra, sin nadie. El sol bajaba.

—Sin problemas. Vuelvo volando. No te vayas... («No debía haber dicho eso. Soy un imbécil», pensó casi encima de su voz).

—No te ocupes, que no me voy a mover de aquí. Si no te espero yo, te espera mi cuerpo.

García hizo al otro hombre una mueca de disgusto y reproche, en broma. Y se alejó.

—Esa agua debe estar fresca de verdad —pensó Cheo en voz alta.

El aire trepidó, resonó y por último quedó vibrando entre las hojas de la palma yarey. El polvo se arremolinó alrededor de su cuerpo tumbado, inerte sobre la tierra, indefenso contra la destrucción y contra la muerte y contra la propia tierra.

El río era ancho. El más grande que hubiese visto nunca. El río de sobra conocido era un río nuevo para él. El agua se veía clara; parecía fresca. Estaba casi fría. Dejó que el agua mansamente mojara sus pies, y una sensación de agrado y frialdad resbaló por su piel tostada por el sol, cubierta del polvo del camino. Ahora sentía los pies frescos y limpios, y el agua remontó su pierna hasta la herida: el hueso quedó lavado y el borde costroso de la herida, como el festón de un ojal, se desprendió y cayó al agua, que lo arrastró lejos, fuera de su vista: el hueco torno a su color rosado y el hueso blanco, pulido, como nuevo, regresó a su sitio dócilmente sin dolor.

Se sentó en la orilla desnudo y luego se tumbó de espaldas, sobre la arena. El agua subía por encima de sus rodillas. Ahora la sentía ya en la cadera fría, agradable; como el agua helada que sacaría de su refrigerador en las noches de verano, tan fría que haría sudar el vaso y él se pasaría el vaso sudado por la cara y después tomaría el agua fría, poco a poco, para sentir el sabor enfriaiulo sii garganta. El agua bajaba por el gaznate y el esófago y más abajo, hasta el estómago y hasta la pierna y hasta la herida.

El río llegó a su cabeza, dejó de subir, y de nuevo volvió a retirarse. Una fresca, dulce resaca, lo arrastró dentro de sí mismo y sintió cómo se escapaba, suavemente, con las aguas claras, por la hendidura de su herida.

El hombrecito distinguió el yareyal y la profusión de higuieretas que marcaban la ribera. «Setise- mia segura», pensó y corrió, apresurándose hasta el río. Cuando llegó no vio más que una zanja, llena de lodo, no de fango, sino de un barro endurecido, seco y pajizo como el espartillo y como toda la sabana.

—No puede ser —dijo y se acercó para asegurarse.

Alguna vez había habido allí un río —ni siquiera eso: un arroyo, una cuneta abierta en

la tierra para dejar correr la lluvia— pero ahora era una cañada seca, con el fondo cubierto de una tierra endurecida por el sol y el aire, más árida que toda la llanura. Se agachó y tomó en sus manos un terrón, duro como una piedra y al levantarse, lo arrojó lejos.

—Cómo le digo yo esto a este hombre.

Miró hacia donde había venido y se fue de vuelta, casi lloroso.

Antes de llegar, vio el dagame sobre la loma y notó la quietud del paisaje alrededor del árbol. Apretó el paso y a poco vio al hombre, tirado sobre la tierra. Estaba igual que lo dejara, pero había algo inestable en la absurda postura de aquel hombre enorme, ahora más grande todavía, acostado, inmóvil en la tierra. Comprendió que no tendría que decir nada. Aún antes de ver su cara supo cómo estarían sus grandes ojos amarillos, pero nunca pensó que tendría la boca abierta.

Se sentó a su lado como al principio. En silencio. «Voy a cerrarle los ojos», pensó. «No, así parece que está todavía vivo».

Por algún lado del cielo el sol se estaba poniendo y la tarde se colmó de la serenidad del crepúsculo. No muy lejos una torcaza arrulló y el ulular llegó hasta sus oídos.

El aire vibró sobre las hojas del yarey y zumbó entre el tupido ramaje de los marabúes. La paloma volvió a cantar y a lo lejos otra respondió ¿O era el eco? El repetido traqueteo y el vuelo del ave se inició junto a la loma, quizá bajo el dagame, y cruzó por encima de él. No la vio pasar. El viento de nuevo silbó en la palma y levantó el polvo en torno al hombre tumbado y movió su pelo pajizo.